

RECORDANDO A CARLOS LENKERSDORF

Fernanda Navarro

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Conocer a Carlos Lenkersdorf ha sido para mí todo un acontecimiento. Tanto por la originalidad de su obra como por su calidad humana, su calidez. Fue en un Congreso de Filosofía en Guadalajara donde primero lo escuché hace más de quince años y desde entonces me hice el propósito de leer cada texto salido de su pluma.

Me interesó también su biografía por peculiar y significativa: vivió en Alemania, su país natal, con el nazismo de trasfondo. Fue ahí donde inició sus estudios de Filosofía y Teología en la Universidad de Marburgo y de Bonn, llegando a dominar el griego, el latín y el hebreo. En plena desolación de la posguerra, tuvo la posibilidad de viajar, junto con su esposa Gudrun, hacia el continente americano. Primero, con destino a los Estados Unidos y Canadá donde, por alguna razón, no encontraron su albergue decisivo, por lo que su viaje continuó hacia el sur hasta llegar a México donde al fin encontrarían tierra hospitalaria. Un encuentro, convertido en amistad con el obispo Samuel Ruiz, de la Teología de la Liberación, influyó para que Chiapas fuera el lugar elegido, tanto por su deslumbrante paisaje natural como humano. Fue, en efecto, una pequeña comunidad tojolabal donde habrían de pasar veinte años de su vida... enseñando y aprendiendo de los indígenas mayas, inaugurando un intercambio cultural que culminó en una obra, fruto de una experiencia sin precedentes. ¿Por qué calificarla de esta manera? En primer lugar, por no ser fruto de una investigación de campo o de alguna visita de especialistas en la materia, lo cual nunca rebasa una

duración que pueda prolongarse más allá de algunos meses. Pero sobretodo porque el conjunto de su obra nos arroja luz sobre nuestra propia historia, producto del encuentro de dos culturas, al presentarnos a los mexicanos la gran riqueza de un rostro desconocido para la mayoría, proveniente de la herencia milenaria de los pueblos originarios de Mesoamérica y de los Andes, marginada y subvalorada por la cultura hegemónica de claro sello europeo que impera en nuestro país.

Con su obra, Carlos Lenkersdorf me sorprendió –como a tantos otros– al situarnos en otro mapa-mundi filosófico, distinto del eurocéntrico que se ha erigido en el imperioso imperativo con relación a todo lo que se considera pensamiento racional, base del “filosofar” por excelencia, que ha configurado nuestra forma de ver, pensar, juzgar y actuar a partir de sus propios esquemas, valores y cánones. De manera argumentada y convincente, a lo largo de su obra, Carlos nos muestra cómo el pensamiento de la Modernidad occidental, inadvertidamente, ha ido formando y conformando nuestra visión del mundo, nuestra *Weltanschauung*, con su pretensión de universalidad, al considerarse la única, la verdadera y, por ende, superior.

Volviendo a mi primer encuentro con él en aquel Congreso de Filosofía, su persona y su obra fueron creciendo y dejando huella. Poco tiempo después, tras compartir ciertas lecturas suyas con un grupo de simpatizantes zapatistas de Morelia (donde he pasado treintaicuatro años de mi vida dedicados a aprender y enseñar filosofía en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo), lo invitamos a hablar sobre dichos temas, tan diferentes a nuestro oído acostumbrado a la pureza académica de nuestras universidades. Su originalidad y su personalidad causaron interés y entusiasmo, por lo que tuvimos la suerte de invitarlo a sucesivos foros.

En lo que respecta a mi formación personal, el contraste fue grande, al haberme yo centrado en deslumbrantes nombres de la tradición filosófica desde Heráclito y Epicuro durante mis primeros años en la Facultad de Filosofía en la UNAM, seguido por el obligado reparto: Descartes, Kant y el ineludible Hegel ¡que tanto me haría sufrir!, para seguir con los contrastantes encuentros con Marx y el deslumbrante Nietzsche...

hasta llegar al siglo xx, entre cuyos nombres más cercanos –no sólo por la cronología sino por las temáticas de mi predilección como la ética/política– puedo pronunciar los de Bertrand Russell, a quien tuve la fortuna de conocer en el Tribunal de la Conciencia de la Humanidad, en Londres, a fines de los 60; a Foucault y Deleuze, a los que décadas después elegí para mi tesis de doctorado buscando: “otra modalidad del filosofar”, interrumpidos estos años por una experiencia más diversa y vital: una estancia en el Collège International de Philosophie de París, donde por azar conocí al “último” Althusser en persona (con quien finalmente escribí un libro a dos manos, traducido ya a cuatro idiomas). Como advertirá el lector, mi formación filosófica resultaba –hasta los años 90 del siglo pasado– un evidente maremagnum intelectual ¡cien por ciento occidental!

Fue poco tiempo después que, a través del “último” Luis Villoro, quien en uno de sus textos más recientes asienta que “al fin estamos despertando de la ilusión de la Modernidad”, empecé a acercarme a las emergentes corrientes del Multiculturalismo y de la Interculturalidad. Me adentré en la lectura de otros valiosos autores como Guillermo Bonfil Batalla y su *México profundo*, Miguel León Portilla y el Premio Nobel 2009, Jean Marie Gustave Le Clézio y su *Sueño mexicano, o el pensamiento interrumpido*, además de la literatura maya como el *Popol Vuh* y el *Chilam Balam*: una experiencia sumamente enriquecedora por diferente, lo que causó en mí una mezcla de sorpresa y de vergüenza.

Con esto, más que hablar de mi persona, indirectamente pretendo ejemplificar lo que nos pasa a todos los estudiantes de Humanidades en América Latina... así como situar en toda su importancia el aporte de la obra de Lenkersdorf quien, como dijera un alumno suyo: “al principio no dejaba de inquietarme que un extranjero viniera a hablarme de mi propia historia. Un semestre después, me di cuenta que el extranjero era yo”.

En cuanto a mi experiencia personal, me inicié en la lectura de sus libros más conocidos: *Los Hombres Verdaderos*, *Filosofar en clave tojolabal*, *Cosmovisión maya*, *Conceptos Tojolabales de Filosofía* y *Altermundismo* y su último texto *Aprender a escuchar*, a partir de los cuales pretendo hacer una síntesis, poniendo énfasis en los temas que considero más relevantes y mostrar finalmente que el filosofar no sólo se hace en griego y alemán.

Relación pensamiento-lenguaje-realidad

Porque la Historia no se puede, no se deja, silenciar.

Porque la memoria nos impide olvidar, habremos de recurrir a la fuerza de la palabra.

Las lenguas encierran en sí mismas cosmovisiones que explican particularidades de las estructuras lingüísticas, las expresiones idiomáticas y, en general, la idiosincrasia de un idioma determinado... En resumen, la presencia de la cosmovisión, en todas las bifurcaciones de las ramas de una lengua, conforma las maneras diferentes de filosofar de una nación o cultura determinada.¹

Comienzo con esta temática por ser una de mi predilección: la indisoluble relación entre pensamiento y lenguaje, es decir, la manera en que cada cultura nombra el mundo a través de una particular estructura gramatical, reflejando así una forma singular de concebir el mundo y de relacionarse **en él y con él**.

Lenkersdorf nos muestra una distinción fundamental entre la estructura lingüística del español y las lenguas de origen maya que explica las diferentes cosmovisiones, las distintas maneras de ver el mundo que habitamos y que nos habitan. La explicación de esta diferencia se encuentra en el carácter **intersubjetivo** de estas lenguas originarias: en el hecho de que en su configuración no hay lugar para los “objetos” que conforman los idiomas de raíz greco-latina en los que priva la relación sujeto-objeto.

De lo anterior se deriva, pues, una distinción sorprendente: a saber, que en las lenguas de origen maya, como el tojolabal, el tseltal, el tsoltsil y otras, sólo hay **sujetos**; lo cual va a explicar y definir la enorme diferencia que existe en la manera de concebir el mundo. La relación lenguaje-pensamiento resulta fundamental para lograr una cabal comprensión de las diferencias no sólo teóricas sino vivenciales, ya que se traducen en una realidad experiencial que se practica de manera cotidiana en las relaciones humanas, determinando los valores que han de prevalecer. En otras palabras, **la cosmovisión se traduce en una cosmovivencia, en una manera de vivir y convivir**.

Una concepción anti-aristotélica

Otro aspecto de gran interés para los estudiosos de Humanidades y de la Filosofía en particular, es que en estas lenguas no hay una concepción dicotomizada del hombre. Por lo tanto, queda anulada la noción aristotélica que sostiene que por naturaleza existen seres que nacen para mandar y otros para obedecer.

De la misma manera, quedan excluidos los dualismos antagónicos: alma-cuerpo; *res cogitans-res extensa*; bueno-malo; vencedor-vencido; éxito-fracaso; negro-blanco... lo cual implicaría –nos dicen– negar todos los matices del arcoíris.

Lo anterior está vinculado también al valor que le dan a la horizontalidad en su organización socio-política, donde buscan la complementariedad, el hermanarse, el “estar parejos” con el fin de evitar los extremos, las desigualdades contrastantes (en suma, las dualidades antagónicas) que saltan a la vista en nuestros sistemas sociales. Lo que se busca es que cada quien cumpla su función, necesaria para el fortalecimiento de la comunidad en su conjunto.

Al referirnos a cuestiones de lenguaje en su relación con el pensar me parece interesante destacar algunos ejemplos de diferencias lingüísticas entre nuestras lenguas de origen greco-latino y las provenientes del maya. Se trata de las palabras *inexistentes*, jamás pronunciadas en tiempos anteriores a la Conquista. Elijamos tan sólo algunas: la palabra para designar el **dinero** no existía por no representar para ellos ningún “fetiche, ídolo ni dios”, como lo explicarían posteriormente, cuando claramente expresaron no querer convertirse en “mozos del dinero”. Hay otra instancia en *Los Relatos del Viejo Antonio*, donde Marcos hace referencia a “la travesura de aquellos dioses, no tan primeros, sobre el falso dios del excremento endurecido, que así llamaban entonces al dinero”. Ya pasado el tiempo, con siglos de inculturación, acabaron acuñando el vocablo *Takin*, que quiere decir metal, para nombrarlo. El verbo *rendirse* tampoco figura en la lista de palabras existentes hasta el día de hoy.

Otra lección se desprende de una tercera dimensión del lenguaje que ellos practican con mayor profundidad que en occidente: la lengua escuchada. No es casual que el último libro de nuestro autor se titule *Aprender a escuchar*. En

ese texto nos hace ver que el escuchar no se debe confundir con el mero oír (que concierne sólo a sonidos y ruidos), pues escuchar implica la comprensión profunda de lo que se enuncia y pronuncia. Implica ponerse en el lugar del otro, en la piel del otro. Y al hacerlo, la escucha hermana. De ahí se desprende una consecuencia que no deja de sorprender por tratarse, una vez más, de la inexistencia de otra palabra, esta vez: el vocablo **enemigo** que vinieron a conocer en castilla, en español, con la conquista. La adaptaron o adoptaron con el término *kontra*.

Otra palabra ausente en su lengua originaria es la referida al “que gobierna o manda”, al **mandón**. Eso se explica fácilmente por su estructura horizontal, la complementariedad y su “estar parejos”, debido a que todos tenían una función igualmente necesaria e importante para la comunidad. Todos eran trabajadores, incluso los que estaban cumpliendo su turno como encargados de gobernar, ejercicio rotativo y compartido por todos. De ahí surge la frase **mandar obedeciendo** de la que hablaremos más adelante.

Siempre dentro del campo socio-político, nos centraremos ahora ya no sólo en una palabra inexistente sino en una costumbre heredada que llama la atención ya que alude a la inexistencia de cárceles en la esfera de la impartición de justicia. Simplemente no existe la cárcel como castigo para los culpables de delito alguno. Entre otras razones, señalan las siguientes: en primer lugar, destacan el sentido de corresponsabilidad entre la persona que delinque y la comunidad. El delito es considerado como un síntoma que indica que algo está fallando al interior de la comunidad, no se ve como un problema individual, aislado. En segundo lugar, el encierro, como castigo, es considerado un mal consejero. Por lo tanto, se le obliga al culpable a hacer trabajo comunitario y en casos extremos, como el de asesinato, el culpable debe hacerse cargo, de por vida, de la familia de la víctima. De otra manera –deducen– quedarían dos familias en el desamparo. (Cabe mencionar que en la zona zapatista, desde un acuerdo tomado en Asamblea de prohibir el alcohol, dicho problema ha bajado sustancialmente).

En resumen, resulta evidente que el verdadero propósito de esta medida es reintegrar al responsable del delito a la comunidad, restituir el equilibrio de la misma, más que castigar al individuo en particular. De nuevo, la Comunidad surge como un determinante principio organizativo social y político.

El Nosotros y la Comunidad. La Nosotricación

La Comunidad es un organismo que orquesta la armonía de sus partes, de sus miembros.

El “nosotros”, *tik*, es uno de los conceptos centrales que conforman y configuran la comunidad. Sencillamente, no habría comunidad sin este vocablo en toda su extensa significación, por el lugar y la función que ocupa, pues no sólo alude a la primera persona plural del pronombre personal yo de nuestra gramática. Se trata de todo un principio organizativo a nivel socio-político, razón por la cual se explica por qué, en estas culturas, el “nosotros” se pronuncia infinitamente más que el “yo” individualista –tan rico en pobrezas y autolimitaciones.

Explica también el hecho de que los acuerdos sean tomados en Asamblea, siendo ésta la autoridad máxima, donde se llevan a cabo sendas discusiones ya que todos y cada uno de sus miembros expresan sus palabras para al final llegar a un acuerdo general expresado y recogido en un “nosotros”, por la voz de uno de los ancianos presentes, ya que son considerados “archivos/bibliotecas de sabiduría acumulada por generaciones para orientar a la comunidad”.

A tal grado es medular el vocablo “nosotros”, que Lenkersdorf acuñó en la palabra “nosotricación” o relación “nosótrica”. Resulta conveniente enfatizar que la comunidad no impide o reemplaza la decisión individual, como pudiera pensarse. El “tu” no se niega ni se aniquila sino que se transforma en la voz de todos los “tus” nacidos por el nosotros, con todas sus diferencias que acaban por complementarse. Lo que definitivamente no existe es la representación jerárquica de ningún jefe, líder u otra autoridad personal o de grupo. La comunidad nosótrica es una instancia colectiva que no sólo representa a la comunidad sino que la constituye, es la comunidad. Por otro lado, el “nosotros” consta de cuatro componentes: la pluralidad, el antimonismo, la diversidad y la complementariedad o, dicho de otro modo, el “emparejarse” o estar parejos. De ello se desprende que lo que prevalece es la coordinación en vez de la subordinación. Además, la coordinación fomenta la comunicación, suelo fértil para la organización socio-política donde el Poder no se concentra en una o pocas manos.

Retomando la Intersubjetividad, tema nodal en las culturas mayas, centrándolo en su relación con la Naturaleza, con la Madre Tierra.

Busquemos resquicios donde puedan germinar iniciativas históricas alternativas que hagan brotar cambios sustantivos para desarmar las estructuras del Colonialismo interno.

La convivencia, antes mencionada, no se limita al ámbito humano, pues la afirmación de que los objetos son inexistentes tiene una consecuencia extremadamente vasta que se extiende a todo el reino animal, vegetal y a los artefactos mismos. La razón es que para los pueblos originarios todo tiene **vida**, todo tiene corazón, *’al’izil*, lo cual conduce también al campo de los valores. Siendo la vida el valor supremo, concluyen que todo lo que vive se hermana con el resto de los seres vivientes, más allá del género humano; es decir, todo lo que les rodea para el sustento diario: la milpa, el arado, el paisaje, el territorio, el aire, el río, bosques y cielo; todo lo complementario para la supervivencia proveniente de la “Madre Tierra”. Es ella la que da vida, la que alimenta a los seres y, al final del ciclo vital, regresan éstos sus cuerpos a ella para fertilizarla, asegurando así la continuidad de la vida. De este modo, la muerte, lo inerte, no tiene existencia alguna; lo que ocurre es una transfiguración o transformación que deriva en otro tipo de existencia que finalmente se funde en y con la totalidad del cosmos. Así se entiende que las palabras “muerte” e “inerte” tampoco figuren en su vocabulario.

Por otro lado, la concepción antes referida puede interpretarse como un llamado a la humildad. Ya que nos recuerda que, en cuanto humanos, no somos el centro del mundo sino una especie más entre muchas otras con las que convivimos y nos complementamos. En otras palabras, no defienden un Antropocentrismo sino que practican un Biocentrismo.

Esto puede resultar de difícil comprensión para la mentalidad occidental, al abrir otra concepción de la vida diametralmente distinta. Pero como bien dice nuestro autor: “Las lenguas nos conducen a mundos desconocidos e inéditos. Y las lenguas de origen maya, provenientes del protomaya, que data del año dos mil a.C. ¡cuántas sorpresas nos podrán esconder!”

El Poder

Regresando al campo socio-político donde el poder es determinante, veamos una de las consecuencias de mayor relevancia que tiene en los pueblos de origen maya. La relación entre el “nosotros” y el poder constituye un ejemplo prístino de un poder compartido.

Sólo así se pueden comprender los alcances de la posición del Zapatismo que tanto resquemor, crítica e incluso escándalo provocó tanto en la izquierda como en la derecha al declarar que la finalidad de su lucha **no era la toma del Poder cupular, no el asalto al Poder que detentan las altas esferas de la clase política**. Medida inusitada pues todos se preguntaban incrédulos: ¿qué se puede hacer sin poder? Ante lo cual, recogiendo una lección de la historia, los zapatistas implícitamente respondieron con otra pregunta: ¿y qué se ha hecho con el poder... acaso algo más que barbarie? ¿Qué instancia, qué ejemplo ha quedado registrado en la historia con resultados positivos para el pueblo, para aquellos que dieron su vida y su sangre para la transformación en busca de la justicia? Lo que la historia mundial nos enseña es que incluso en los casos más nobles, de mayor entrega a las causas revolucionarias, como el caso de las no muy lejanas guerrillas centroamericanas, el asalto al poder cupular —cuando fue exitoso— finalmente no resultó más que en una sustitución de hombres y nombres en la cumbre, repitiendo los mismo patrones, modelos y cánones que se proponían derrocar; un cambio de manos del poder de un grupo por otro para cumplir el *dictum* de Lampedusa en *El gatopardo*: debe haber cambios para que todo permanezca igual.

Permítaseme aquí hacer un juego lingüístico: concebir el Poder, por un lado, como sustantivo: como sustancia fija hegemónica de dominación y, por otro, como verbo en movimiento que permite la acción y la transformación. Como sustancia hegemónica dicta, domina, cosifica y sujeta, mientras que como verbo, se ejerce, se practica, se conjuga —sobre todo en plural: “nosotros podemos”.

Pluralismo sí, Monismo no

Pasemos ahora a un tema ligado al Poder: el del Pluralismo que caracteriza a estas culturas y que excluye —en su interior— toda dominación, al representar

lo contrario del Monismo que en Occidente se manifiesta –como ya hemos dicho– desde el monarca, el jerarca, el jefe, el líder, el cacique o el patrón así como el Monoteísmo en la religión católica.

Con el Pluralismo se da la interdependencia, la complementariedad, no la sumisión; lo cual está relacionado con la estructura horizontal comunitaria que practican desde hace siglos –contraria a la verticalidad jerárquica occidental. Pero hay una consecuencia más que consideramos de gran relevancia y que se deriva del pluralismo que conlleva la diversidad y la multiplicidad: el hecho de no confundir la unidad con la uniformidad o la homogeneidad.

Esto nos permite abrir un paréntesis para externar una opinión personal: la grave “confusión” que se dio en nuestro país con motivo de la fundación del Instituto Nacional Indigenista a fines de los años 40 del siglo pasado, durante la presidencia del general Lázaro Cárdenas. Sin pretender hacer un juicio de valor, examinando simplemente la idea central, se advierte que lo que llevó a su creación fue la búsqueda de la unidad nacional, la unión y homogeneidad de todos los mexicanos, por encima de la diversidad étnica y cultural que nos conforma, con el argumento y la finalidad de fortalecer al país, a la patria. Y, desde luego, la “castellanización” del lenguaje era fundamental para la cohesión de la nación. En suma, buscando una pretendida igualdad en aras de un nacionalismo con tintes paternalistas, se ocultó la pluralidad cultural que siempre ha caracterizado nuestra identidad nacional. Y la igualdad prometida, desde luego, sigue esperando hasta el día de hoy.

La Democracia

Todo lo anterior nos obliga a centrarnos en un tema ineludible en la política: la Democracia, que entenderemos como una relación, un ejercicio cotidiano que se practica en todas las esferas de la vida social, política, cultural y económica así como en el ámbito privado, al interior de cada organización, institución, agrupación o familia. Es, por otro lado, un término que requiere, sin lugar a dudas, adjetivarse. Es decir, es un término que es necesario acotar, precisar. Pues no es lo mismo referirnos a la Democracia Representativa, electoral, que predomina en nuestras sociedades occidentales –y que se practica cada cuatro

o seis años, frente a una urna— que a la Democracia Directa o Participativa, vivencial, que requiere la participación de todas y todos y que es la que se ejerce cotidianamente en las Asambleas en la zona zapatista como una experiencia colectiva —de herencia ancestral— que resulta mucho más auténtica que la ya desgastada Democracia Representativa.

En un análisis riguroso resultaría evidente que las jerarquías, las pirámides y las líneas verticales inherentes a la estructura de la Democracia Representativa son incompatibles con la verdadera democracia que pretende la equidad —más que la igualdad, ya que ésta uniforma, estandariza, homogeneiza— lo cual resulta indeseable si nos pronunciamos por el respeto a la diferencia y la horizontalidad.

Es en la Democracia Directa o Participativa donde sus miembros son elegidos para desempeñar sus tareas de manera rotativa, revocable y con rendición de cuentas: las tres R que figuran entre los siete Principios Zapatistas —al lado del **mandar obedeciendo**. Si uno analiza esta medida, retomada actualmente por las Juntas de Buen Gobierno, se advierte que se trata de un Poder compartido, no unipersonal ni de grupo. Pero hay otro rasgo más digno de señalar: a saber que, al final, debido a la rotatividad, cada miembro de la comunidad acaba teniendo la oportunidad y la experiencia de gobernar y de ser gobernado. Otro dato es que las autoridades en turno no reciben remuneración alguna, por ser considerada su tarea una responsabilidad en beneficio y por mandato de la comunidad. Lo anterior es una muestra más de la presencia de la ética en su diario accionar.

La Ética

Lenkersdorf afirma que cosmovisiones diferentes producen éticas distintas, por lo cual es difícil hablar de una ética universal. La diversidad presenta el reto de la convivencia y el respeto e invita a acercarse y aprender los unos de los otros.

Aquí podemos hablar de dos tipos de ética: la monista (sujeto-objeto) y la “nosótrica” (intersubjetiva). La primera contempla la competitividad y pretende ser la mejor y la verdadera: el bien óptimo. La ética ejercida

en los pueblos mayas “destierra los objetos para renacerlos como sujetos”. Transforma así a los subordinados al convertir la competencia en colaboración con el fin de nivelarse, de situarse en pie de igualdad en tanto sujetos, aunque con funciones diversas.

El Cuerpo como elemento de semejanza y unidad de toda la Humanidad

La concepción de la corporeidad que reina en los pueblos de origen maya resulta sorprendente. Sostienen que siendo el cuerpo lo que es igual en absolutamente todos los seres humanos, es, por ende, lo que nos unifica en un contexto de infinita diversidad, ya que frente a las diferencias provenientes del lugar de nacimiento, color de piel, raza y estrato social, “todos somos iguales porque tenemos el mismo cuerpo”, explican.

Hay otro argumento de peso: el cuerpo representa al hombre en su totalidad porque lo que lo caracteriza incluye más de lo que nosotros, en Occidente, concebimos. Es decir, para ellos la corporeidad humana incluye a la razón, al ejercicio de pensar, sentir, imaginar y actuar. Incluso el filosofar se da a partir de la concreción de lo corpóreo, no se limita a su ubicación en la razón, mente o espíritu.

El Movimiento Zapatista y su herencia cultural maya

A lo largo de su evolución se ha podido observar la consecuencia de su lucha. En enero del '94, al hacer pública su lucha, logró sorprender y sacudir a toda la nación, y su eco llegó más allá. Su ¡Ya basta! lo distinguió de levantamientos anteriores, incluyendo las guerrillas tradicionales de carácter vanguardista. Una nueva tonalidad se dejó escuchar en su grito libertario. Al cabo de doce días de fuego y metralla adoptó el diálogo, la palabra, como su mejor arma para expresar la exigencia de una transformación de la vida nacional, partiendo de lo local a lo global.

Distinta ha sido también la extensión que pretendía alcanzar su lucha, desde el inicio, al no buscar la justicia únicamente para ellos como grupo

o región sino para todos los oprimidos y marginados, para todos los “condenados de la tierra”.

Transitaron por sus tres tiempos: el tiempo de pedir, el tiempo de exigir y el tiempo de ejercer. A este último llegaron después del incumplimiento de los Acuerdos de San Andrés en 1996 y ante los oídos sordos –por parte del Congreso de la Unión– frente a su reclamo de incluir en la Constitución el reconocimiento de sus derechos y de su cultura, en 2001.

Agosto del 2003 marcó una fecha sobresaliente como respuesta a lo anterior: la creación de los Caracoles como sede de las Juntas de Buen Gobierno, es decir, el paso del mando militar por parte del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) al autogobierno en manos de la población civil de la zona zapatista. En conformidad con lo que Marcos había señalado al definir años antes al EZLN –en una carta a un niño– como “un ejército que quería dejar de serlo”... pues, debido a la estructura vertical de todo ejército, no resultaba consecuente seguir ejerciendo el mando cuando se pretendía buscar la democracia.

Todavía en 2006, doce años después del alzamiento, al organizar la Otra Campaña, expresaron claramente que su pretensión no era dirigir las luchas, resistencias o rebeldías que salpican nuestro territorio, sino simplemente enlazarlas y acompañarlas, buscando finalmente su organización. A partir de entonces, fue claro su llamado a la sociedad civil a participar democrática y pacíficamente a través de proyectos autogestivos con el fin de propiciar situaciones favorables al Bien común. Así, podríamos decir que más que una toma del Poder, lo que ellos realizaron fue una toma del espacio, a partir de la construcción de la autonomía en su territorio.

La Autonomía

¿Qué entender aquí por **autonomía**? Una autodeterminación interna que presupone la pertenencia y el dominio de los comuneros sobre un territorio específico: la tierra ejidal (que no se compra ni se vende), la biodiversidad, el agua (manantiales y ríos), los bosques, el aire, así como su normatividad (aludida como “usos y costumbres”). Resulta claro que sin territorio, la

autodeterminación es palabra muerta. Un pueblo “nosótrico”, capaz de gobernarse a sí mismo, explica la insistencia en la **autonomía interna**.

Por otro lado, es preciso aclarar la diferencia entre Autonomía y Soberanía. Bajo la autonomía, los habitantes que pueblan la región no dejan de reconocer a las autoridades que gobiernan el país. No pretenden la balcanización ni el separatismo; tampoco supone convertirse en un país dentro de otro país, como quiso imputarles en un principio la clase gobernante. Pero reconocer al gobierno no significaba, para ellos, la sumisión. Siempre esgrimieron “ser y querer seguir siendo mexicanos pero con dignidad”. De ahí su frecuente uso de la bandera mexicana en sus actos públicos.

Se puede concluir que una de las interpretaciones de la sublevación zapatista fue que se trataba de una lucha cuyo fin último era alcanzar la estatura humana sin distinciones y poner fin a la legitimidad de la barbarie globalizada con que se conduce el poder político y económico del gran Capital en la actualidad. Tal como lo han expresado a través de lemas como “respeto a la diferencia” y al pronunciarse por una “globalización de la esperanza –no de la violencia”.

Y esta finalidad, esta búsqueda, se advierte –a micro escala– en todas las acciones e iniciativas que han ido realizando, a partir de la construcción de su **autonomía**, tanto en el rubro de la educación autónoma, donde han tenido grandes logros; en el de la salud, donde han recibido apoyo internacional solidario de organizaciones y simpatizantes europeos, al grado de contar ya con clínicas en cada Caracol y un hospital en Oventic, donde se practica la cirugía. Lo mismo puede decirse en lo que se refiere a los avances en cuestiones de autogobierno y a la participación de las mujeres, así como en agrobiología y el cultivo del café. Una diferencia diametral con nuestras sociedades es la ausencia del consumismo que literalmente nos consume.

Quienes hemos podido seguir de cerca estos logros, a lo largo de los dieciocho años que acaba de cumplir el levantamiento, podemos atestiguarlo como una realidad que refleja lo que mencionamos al principio de estas páginas, a saber que, a partir de determinada manera de nombrar y concebir el mundo, es posible vivirlo y relacionarse **en él** y **con él**. En este caso, se trata de una cosmovisión no sólo diferente sino que ofrece valores alternativos a quien tenga disposición de escuchar. Esa cosmovisión, traducida en una cosmovivencia, se practica todos los días a pesar de la constante agresión y

represión que viven los pueblos indígenas y a pesar del silencio mediático que ha aumentado desde que Calderón se instaló en Los Pinos con el fin de manipular la opinión pública para hacer creer que el zapatismo forma ya parte del pasado.

Hasta aquí nos hemos referido a la autonomía a nivel interno, dentro de su propio territorio. Falta hablar de la influencia externa que la díada zapatista autonomía-territorio ha alcanzado más allá de sus fronteras; es decir, de la gran ventaja que esa díada les ha procurado frente a otras luchas, otras manifestaciones de protesta novedosas y originales, que incluyen a los altermundistas –desde Seattle, en 1999, hasta Génova y Cancún, pasando por los **Foros Sociales Mundiales**... los cuales han reconocido en ellos (los zapatistas) a sus antecesores y, a últimas fechas, los **Indignados del 2011** que, de alguna manera, también han recibido inspiración en esa nueva forma de hacer política. En efecto, el 2011 nos asombró a todos al estrenar esos sorprendentes escenarios y audaces giros, esas nuevas formas de recuperar el sentido griego de la palabra “política”: como arte de gobernar la *polis*, la ciudad, la sociedad, por parte de los propios ciudadanos. De manera alentadora hemos visto surgir una ola creciente de **Indignados** que se extiende por todo el planeta, exigiendo que se ponga fin a la degradación de la política, desvirtuada por la corrupción, la demagogia y la violencia, para abrir el camino a una verdadera Democracia.

Podría decirse que es otra manera de gritar el ¡Ya basta! contra el peso de las imposturas de los Estados-nación que pierden soberanía y minan el tejido social al sucumbir al servicio del Capital a través de los sistemas bancarios y las empresas multinacionales. Es evidente que hoy día es la economía en “última instancia” la que determina a la política, con los costos que ello significa para los moradores del planeta.

Regresando a nuestro tema inicial: el legado de Lenkersdorf

Entre los numerosos aportes que Lenkersdorf les legara a los indígenas tojolabales está el haberles escrito un diccionario tojolabal-español, en dos tomos, así como la traducción de la *Biblia* y del *Nuevo Testamento*, (tarea, esta

última, realizada en colectivo con catequistas representantes de numerosas comunidades, a lo largo de años). Es difícil valorar semejante regalo: ¡nada menos que la recuperación de su lengua escrita! especialmente cuando a esta comunidad se le había comunicado –por parte de algunos expertos intelectuales que los habían visitado años atrás– que su lengua no podía ser escrita por poseer sonidos para los cuales no había letras en el alfabeto. Los declararon así, olímpicamente, nada menos que simples “desplazados de la lengua”. ¡Carlos, con ese invaluable regalo, les probó lo contrario!

Habiendo tocado el tema de la religión, no puedo dejar de lado una anécdota por demás reveladora. Cuenta Carlos que, a lo largo del trabajo de traducción, algunos colaboradores catequistas tojolabales inquirieron que si en verdad concebían los católicos a un único Dios verdadero. Todo parecía indicar que su preocupación iba en el sentido de la soledad que debía sentir ese Dios. “¡Cómo es posible! ¡Cuán solo debe sentirse!”, repetían en tono compasivo. Esto nos remite, una vez más, al pluralismo que reina en su pensar y que se manifiesta en sus dioses primeros, los que crearon a los hombres y al mundo, siempre en colectivo, celebrando Asambleas.

Finalmente, en lo personal –como muchos de sus alumnos y lectores– recibí de Carlos un enorme aporte al abrirme una ventana hacia la descolonización de mi mentalidad occidentalizada. En suma, podemos afirmar que toda su obra nos descubre un horizonte que posibilita otras sendas del pensar capaces de alentar la desgarradora realidad que hoy vivimos. Mas no con la intención de ofrecer una imagen idealizada de estas culturas marginadas, pues todos sabemos de sus tribulaciones centenarias. Los mismos zapatistas, herederos directos de la cultura originaria maya que en este escrito hemos intentado bosquejar, lo han repetido: “No somos un ejemplo ni un modelo. Somos una experiencia”.

A manera de conclusión

Para evitar que el olvido de esa parte de nuestra herencia cultural e histórica siga adelante, consideramos urgente fomentar un diálogo intercultural a lo largo y ancho de nuestra rica y extensa geografía multiétnica y pluricultural.

Con ese fin, la obra de Carlos Lenkersdorf cobra un valor fundamental, por lo que invitamos a leerlo ya que, al lado de otros autores como Luis Villoro, Guillermo Bonfil Batalla, Miguel León Portilla y Carlos Montemayor, su lectura alimenta, ilustra e ilumina, al darnos la oportunidad de profundizar en esa parte de nuestra historia que la educación formal nos ha negado, por generaciones, a los mexicanos.

Deseo finalizar estas líneas con los siguientes versos provenientes de los más antiguos moradores de las tierras mayas y que, a partir de 1994, han recobrado validez y pertinencia en el tablero cultural, social y político contemporáneo de nuestro país y más allá de sus fronteras:

Arrancaron nuestros frutos,
quebraron nuestras ramas,
quemaron nuestros troncos,
pero no pudieron secar nuestras raíces.

Bibliografía

- LENKERSDORF, C., *Los Hombres Verdaderos*, Siglo XXI, México, 1996.
_____, *Filosofar en clave tojolabal*, Porrúa, México, 2002.
_____, *Cosmovisión maya*, Ce-Acatl, México, 1999.
_____, *Conceptos Tojolabales de Filosofía y del Altermundo*, Plaza y Valdés, México, 2004.
GUTIÉRREZ, Raquel, *et al.*, *Palabras para tejernos, resistir y transformar*, Pez en el Árbol, Puebla-Oaxaca, 2011.
CERDA GARCÍA, A., *Imaginando Zapatismo*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2011.

Notas

¹ Lenkersdorf, C., *Filosofar en clave tojolabal*, Porrúa, México, 2002, p.101.